

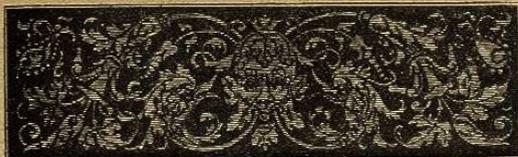
II.

Pues mi respuesta escucha: en primavera
cumpliré, según creo, veinte años,
y coso en blanco, bordo, y tejo paños,
y leer... sé leer á mi manera.

En la labor del campo ó en la casera
de sol á sol trajino, sin regaños;
ignoro lo que son los desengaños;
soy fea, mas ya ves que soy sincera.

En los días festivos huelgo y salgo,
y me has visto contenta cuando vienes
á que juntos bailemos *á la moda*.

De dinero carezco; pero valgo,
pues siempre honrada fuí: pronta me tienes
á probártelo. ¿Cómo? Con la boda.



EN EL TORRENTE.



EN EL TORRENTE.

Tranquilo duerme el valle.
Grito desgarrador hace que estalle
la paz ¡ay! de repente :
— ¡Un niño, un niño va por el torrente!

La gente en movimiento
acude, y una madre lanza al viento
presa del paroxismo :
— ¡Salvad presto á mi hijo del abismo!

La muchedumbre ansiosa
sube, baja á la orilla presurosa ,
eleva al cielo el llanto
é invoca de Jesús auxilio santo.

Y huye el mísero infante
por las airadas aguas adelante,
su triste aye se escucha,
mueve los brazos en estéril lucha.

Y nueva gente viene
gritando, y á la madre la detiene,
que ya perdido el tino
quiere arrojarse al ráudo torbellino.

De pronto se presenta
medio desnudo un chico; pide cuenta
del suceso ocurrido,
y pregunta quién es el que ha caído.

—Tu amigo, Cárlos, mira,
eres gran nadador, y el pobre espira...
Le incitan vanamente,
porque Cárlos ya nada en el torrente.

Avanza, cruza, boga,
un escollo ha salvado, mas se ahoga;
asido á una maleza,
de las ondas resiste la fiereza.

Desesperado, ciego,
sobresale, á las aguas vence luégo,
y empuje furibundo
le hace aferrar al niño moribundo.

La muchedumbre grita;
aquel grito sus fuerzas resucita.
Con un peñasco ahora
se ha herido; ya la onda se colora.

El dolor lo enardece,
gira, vuelve, batalla, en ira crece;
á la orilla llegado,
la diestra entre raíces ha clavado.

Sangrando y anhelante
sube el hijo á la madre delirante,
un ¡oh! lanza, y festivo
—No llore más—exclama—aquí está vivo.

Al salvador bendice
la multitud, lo besa, despues dice:
—Pide tú lo que quieras,
y le interrogan mil de mil maneras.

Los ojos va pasando
por todos los que están allí fumando,
y con aire sencillo
prorumpe:—¡Dadme, pues, un cigarrillo!





RECUERDOS DE ESPAÑA.



CAPILLAS
BIBLIOTECA
MUSEO

SEVILLA.

Bellas casitas blancas, cinceladas,
vistas como al través de una neblina;
patios do la columna alabastrina
luce tras de cancelas enarcadas.

Calles alegres siempre y perfumadas
do canta en el azahar ave divina,
y del balcon oculta la cortina
las mujeres de boca y piés de hadas.

Entonan sin cesar plácido coro
las flores al besarlas el ambiente.
Reina del Mediodía sonriente,

Esa es Sevilla: la ilusion del moro,
la madre de Murillo y de Trajano,
la del límpido azul cielo africano.

CELOS.

Era ella de Granada, él de Sevilla,
y ambos moros de sangre y de semblante;
él vano, ella celosa, y un brillante
puñal siempre ocultaba su mantilla.

Cierto día le vió, con maravilla,
roja huella del labio de otra amante,
y, — ¡Oye! — le dijo, pálida, anhelante —
¿te ha chupado una avispa en la megilla?

La diestra llevó al punto él á su cara,
sonrió, y despues contestó grave:
— ¡Sí, una avispa, mas dulce, cosa rara!
Y ella repuso entónces de ira llena:
— Mira si este aguijon es más suave;
é hirió con el puñal su faz morena.

Á UNA ANDALUZA.

En la plaza te he visto, rostro bello,
y me has puesto las fibras en tortura...
Realzaba tu elegante vestidura
clavel en la cabeza, cruz al cuello.

Del volcan tu mirada era destello,
cada sonrisa tuya, mordedura,
y aún de tu esposo al lado, tu impostura
no disipó de la lascivia el sello.

Cada vez que los hierros relucientes
clavábanse en la testa de los toros,
con placer rechinabas tú los dientes;
Y al regarse con sangre las arenas,
morena, te escapaba de los poros
el infierno bullente de tus venas.

EN EL ESCORIAL.

Voy rendido, con paso mal seguro.
errando entre las masas de granito,
y pienso ya que el ámbito infinito
recorro há un año, por castigo duro.

En el fondo del patio aquel oscuro
veo siluetas de monjes de hito en hito,
y el fúnebre perfil que se halla inscrito
del segundo Felipe en cada muro.

Y desciendo por húmedas escalas,
bajo bóvedas lúgubres camino,
la muerte sobre mí bate sus alas...

Mas de pronto me hiera luz del día:
un jardín de esmeraldas: ¡Ah, divino!
y lanzo al sol un grito de alegría.



Á MI MADRE.

